



Las hormigas.

Los niños encuentran a su alrededor hermosos ejemplos que imitar en la vida de los varones más ilustres de su tiempo. También la historia patria y la historia de la Humanidad pueden proporcionar sublimes modelos de heroicas virtudes. Sin embargo, esto no es extraño tratándose de las más preclaras individualidades que mejor caracterizan el título de *rey de la Creación*.

Pero lo que de modo preferente ha de llamar vuestra atención, mis amables discípulos, es el saber que entre los mismos animales existen casos de verdadera ejemplaridad,

muy pocas veces imitados y nunca superados por el hombre, ese mismo *rey de la Creación*.

Así tenemos, por ejemplo, en las hormigas un conjunto de virtudes excepcionales: su amor al trabajo, paciencia, previsión, economía y solidaridad, pueden servir al niño reflexivo de edificante estímulo para imitar una tan magnífica obra social.

Y enéntase que se trata del animal más humilde y modesto de la Tierra; tan humilde y modesto que está casi siempre bajo la planta de nuestros pies, y expuesto a parecer, con toda la comunidad, en un inconsciente pisotón.

SUS COSTUMBRES

Viven las hormigas en sociedad, formando sus viviendas, *hormigueros*, compuestas de extensas y complicadas habitaciones en la tierra o en los troncos de los árboles. La colonia está constituida por machos y hembras, fecundos y alados, y obreras neutras ápteras. La unión sexual tiene lugar en el aire y en los meses de enero y febrero. Además, entre las mismas obreras neutras, que forman la mayor parte de la comunidad, parecen existir algunas diferencias, pues unas tienen la cabeza excesivamente gruesa y son las encargadas de los trabajos más fuertes, en tanto que otras, destinadas a las ocupaciones más ligeras, están conformadas con una cabeza casi diminuta. Las hembras fecundas y las obreras están provistas de una glándula venenosa que segrega un líquido en el que abunda el ácido fórmico, y tienen mandíbulas muy robustas. Aunque se alimentan de substancias muy diversas, prefieren, no obstante, las azucaradas, atendándose a las larvas, por parte de las obreras, con extrema solicitud. Las obreras, además de encargarse de la construcción, defensa y aseo del *hormiguero*, acarrean constantemente alimentos, para que durante el invierno se nutran las larvas; mas no para ellas, conforme asegura el vulgo, influido acaso por una fábula tan bonita como errónea, que se lee en todas las escuelas, porque estos insectos son iver-

nantes, es decir, que pasan sumidos en un sopor letárgico la estación de los fríos.

La hormiga es una prueba evidente de que el tamaño de los animales no tiene nada que ver con su inteligencia. En efecto, existe una clase de hormigas que suele robar larvas de otros hormigueros para después, una vez desarrolladas, reducirías a la esclavitud.

Otras hormigas enterran carne en las proximidades del hormiguero con el fin de que al entrar en putrefacción cree unos gorgojos que le sirvan de alimento.

La hormiga de nuestro propio país protege con esmero a los pulgones, cuya secreción abdominal chupan con avidez; y para que las larvas se aprovechen asimismo de esa apetitosa secreción, arrancan ramitas tiernas de plantas atacadas por el pulgón y las conducen al hormiguero, donde se guardan convenientemente.

En los países tropicales hay hormigas que emigran en cantidad fabulosa e invaden las casas, limpiándolas perfectamente.

Las tribus negras del centro de África usan como alimento algunas grandes especies de hormigas blancas que se crían en el país.

OFICIOS DE LAS HORMIGAS

Dentro del propio hormiguero se distribuyen las hormigas las diferentes ocupaciones: unas hacen de ingenieros, construyendo caminos, puentes y galerías subterráneas; otras de arquitectos, formando casas de más de treinta pisos; otras de soldados, defendiendo heroicamente la intangibilidad del hormiguero contra invasiones extrañas, y otras de labradores, cuidándose de la preparación de las cosechas. Pero esta clase es realmente maravillosa, y merece que le dediquemos de modo especial nuestra atención.

La hormiga *agricultora* es bastante grande y de color pardo; distínguese más que ninguna otra por su actividad y precisión haciendo acopio de semente de una cosecha para la otra. Después de despejado el terreno que rodea al hor-

miguero, la hormiga agricultora tiene muy buen cuidado de no dejar crecer ninguna planta verde, a excepción de una especie de hierba granada que este insecto cultiva con el mayor esmero, limpiando constantemente el terreno si aparecen en el mismo algunas matas extrañas. Terminado el crecimiento, la hierba cultivada produce un grano muy semejante al arroz; la hormiga lo corta, quita la cascavilla y llévalo a unas celdillas que les sirven de graneros. Si el grano se moja, las hormigas aprovechan el primer día despejado para poner a secar al sol el grano que está húmedo. A primeros de noviembre vuelven a sembrar, y continúan lo mismo el cultivo.

Están dotadas las hormigas de un olfato finísimo y deben poseer un lenguaje bastante completo, toda vez que poniendo en contacto sus antenas dan y reciben órdenes, establecen un acuerdo para colocarse en los puntos estratégicos del hormiguero, si sospechan un ataque, o se dan la bienvenida si se trata de individuos separados temporalmente.

Si se toma en consideración el tamaño de las hormigas con las dimensiones de sus viviendas, que llegan a medir dos pies de altura por cuarenta de diámetro, con galerías subterráneas de sesenta varas, las gigantescas pirámides de Egipto, construídas por el hombre, parecerán insignificantes.

La hormiga utiliza en su provecho cualquier circunstancia fortuita; si se encuentra hojas, con ellas tapiza las paredes de los departamentos o pisos de sus hormigueros; si existe en la tierra suficiente humedad, amasa apresuradamente la arcilla que ha de formar su pavimento, y si halla por casualidad algún montón de paja, al punto lo utiliza para el techo de su vivienda.

UNA BATALLA DE LAS HORMIGAS

Formadas en columnas estrechas y de cien varas de longitud, cuando menos, sitíanse a ambos lados las hormigas que hacen de oficiales y que continuamente corren de un

lado a otro para observar la mayor regularidad posible en la marcha; su proporción con el número de obreras es el de un cinco por ciento, distinguiéndose perfectamente por sus grandes cabezas blancas, que agitan sin cesar. Por lo demás, esta clase de hormigas, llamadas *merodeadoras*, ostentan muy bien conformadas para la lucha, pues tienen en la cabeza unas pinzas puntiagudas y de mayor longitud que la cabeza y el cuerpo juntos, estando además revestidas de diminutos pelos rígidos.

La vanguardia de la columna se aproxima poco a poco para inspeccionar el local y ver si valdrá la pena de explorarlo. Después la columna penetra en la casa, distribuyéndose por todos los rincones, grietas y agujeros, y matando a cuantos insectos encuentran; las grandes cucarachas son arrastradas forzosamente sin poder resistir a esa avalancha de enemigos que las acosan por todas partes; las ratas sucumben sin poderse defender de unos enemigos que cubren todo su cuerpo.

En muy breve rato la batalla ha concluido, volviéndose a formar en columna y llevándose al hormiguero los despojos de sus víctimas. Es preciso dejarlas libres, porque son muy irritables; si un hombre quisiera deshacer la columna, al punto se vería invadido su cuerpo y rostro por estos insectos, ocasionándole multitud de pequeñas heridas, en las cuales inyectan una sustancia venenosa.

Al regreso, si la presa no ha sido abundante, disponen un ataque a los nidos de las formidables avispas del país. Algunas hormigas morirán víctimas de los aguijones de las avispas; pero eso no importa; los restantes millares de guerreros destrozarán las paredes del nido, romperán las celdillas y se llevarán consigo las larvas.

Esta misma clase de hormigas ataca a veces los hormigueros de otras especies menos guerreras, y aunque la lucha es muy cruenta, acaban por vencer las primeras, porque disponen de más elementos de combate.